

CONCLUSIONES ABIERTAS

Este maldito virus es tan avieso, perverso e imprevisible que las conclusiones quedan siempre abiertas a un futuro inquietante, brumoso.

Sin embargo, así las cosas, “el Dios de las misericordias y el Dios de toda consolación” tiene la última palabra, juntamente con nuestra actitud misericordiosa.

El pensamiento eudista nos da la guía apropiada:

Confiemos y actuemos como si todo dependiera de nosotros y confiemos y actuemos como si todo dependiera de Dios. Es el equilibrio dorado, la aurea mediocritas de los latinos.

“De manera que debemos poner tanto empeño y trabajar de nuestra parte, como si no esperáramos nada de Dios: y, sin embargo, tampoco apoyarnos en nuestro empeño y trabajo nosotros mismos, como si nada hiciéramos, porque todo lo esperamos de la sola misericordia de Dios. (66).

Hagamos de nuestro confinamiento una escuela de crecimiento espiritual y al mismo tiempo de comunión con el sufrimiento humano desde una actitud misericordiosa.

Donde estemos y desde nuestro lugar de confinamiento podemos abrir para los demás un espacio de acompañamiento.

Se trata de acompañar desde la hondura del alma, del corazón sensible y entrañable.

Desde muchos puntos de vista podemos hablar de la misericordia, yo quiero hablar de esa misericordia que nace en las entrañas y el corazón de la persona y es la actitud propia de quien ha nacido de nuevo por el poder del Espíritu Santo.

No se trata de una actitud coyuntural, de paso, mientras pasa la pandemia. No es un simple acto de solidaridad que forma parte en este momento de nuestro cambio social de chip, de nuestras actividades o rutinas.

En el ambiente bíblico oriental la misericordia nace de las entrañas y en el ambiente latino del corazón.

En ese doble sentido vamos a enfocar el ejemplo de vida y los escritos de san Juan Eudes sin perder de vista en el múltiple ejercicio de la misericordia la dimensión entrañable, íntima, espiritual, cordial, visceral, desde el cuádruple paradigma de la misericordia que contemplamos en el Padre, en su Hijo, en el Espíritu Santo y en María.

La pandemia no llega sola y deja luego una secuela de problemas en cuatro y más generaciones y aquí se le abren, a futuro, espacios a la misericordia.

Hoy en día todos hablan de esas secuelas que se ven venir y ya están entre nosotros y las sentimos todos en las diferentes zonas y espacios de nuestra vida personal y social.

Esas secuelas nos abren espacios para ser misericordiosos cuando vemos que se va debilitando la salud física y mental del ambiente y nuestras mismas defensas y fortalezas tambalean con el mismo confinamiento, el miedo, la ansiedad, el estrés, la pobreza, el desempleo.

La misericordia implica siempre para Juan Eudes un ver detallado para hacernos el propósito real de actuar.

Ante este virus invisible, con comportamientos desconocidos, todos terminamos sintiéndonos, de alguna manera, miserables.

Una vez más la realidad tan cruda nos abre a la divina Misericordia, positivos, creativos, solidarios.

Cambiamos, desde dentro de nosotros, las consignas que se escuchan:

“Al volver a nuestra rutina ya no seremos los mismos...seremos más misericordiosos”.

“La pandemia termina con las diferencias y rivalidades...la misericordia nos nivela positiva y constructivamente”.

“Estamos aprendiendo a vivir con lo esencial... mientras más cosas superfluas tengamos tenemos menos capacidad de ver la realidad de los demás y ser misericordiosos”.

La misericordia de las entrañas y del corazón no nos enceguece ante la realidad. Es un momento para que broten como la misma peste las demagogias de siempre que prometen fantasías y utopías fuera de contexto que curiosamente reportan beneficios para unos pocos, los de siempre.

Aquí los misericordiosos encuentran un verdadero campo para el anuncio de la misericordia cristiana, la denuncia de las ideologías dominantes en continuo relevo, y el compromiso de la acción en favor de los más débiles y desplazados, física y espiritualmente, por la misma pandemia.

El hombre misericordioso ha aprendido en esta coyuntura de la pandemia que

solo hay que adherirse de corazón y de acción, al inmenso ejército del sufrimiento humano más allá de los partidos, de las ideologías, y de los poderes dominantes.

Oremos con san Juan Eudes: Invoquemos al Padre misericordioso.

Padre Dios, mira con misericordia, por favor, a esta tu familia que sufre por esta pandemia.

Nos postramos ante Ti de todo corazón, no nos apoyamos en ningún poder y solo confiamos en tu misericordia, para que con la intercesión de la bienaventurada Virgen María, de san José, de los santos arcángeles Miguel, Gabriel y Rafael, de san Juan Eudes y de todos los Santos, nos limpies de toda iniquidad, nos guardes de todo peligro y nunca permitas que nos separemos de Ti y haz que nos abandonemos a tu voluntad con un corazón grande y con mucho gusto. Por Jesucristo nuestro Señor. (67).

**Mil y mil bendiciones y bendito sea su corazón misericordioso.
Higinio A. Lopera E. cjm. Medellín, 19 de agosto de 2020.**